XXIV

Pasó pronto lo de mi tío, y pasaron dos horas más sin otro suceso digno de notarse en la casona y fuera de ella, que unas rachas de vendaval húmedo que *ennegrecieron* un poco la nevada, cosa que nos llenó á todos de complacencia, menos á la mujer gris, por ser el fenómeno señal de próximo desnieve. Cerca del anochecer, cuando Mari-Pepa y su hija recogían las respectivas labores y se sacudían las hilachas agarradas á los vestidos y apercibían las *nubes* y los mantones, diciéndole de paso á mi tío muchas cuchufletas por animarle, y goteaban las canales del tejado la nieve *derretida* por la lluvia que iba espesando, vino el médico otra vez. Examinó al enfermo, y nada de particular ni de alarmante halló en él que hiciera temer una noche como la pasada; pero tampoco se atrevió á prometérnosla más tranquila, porque todo cabía

en una enfermedad de tan mala casta en un doliente tan aniquilado é indefenso como mi tío. Esto me lo dijo aparte después de darme, delante de Facia y de Mari-Pepa, el plan de campaña hasta el día siguiente, sin perjuicio de volver él á última hora, por lo que pudiera ocurrir. La madre de Lita insistió mucho en quedarse á velar; pero yo no lo consentí, porque tampoco lo hubiera consentido el enfermo ni le hubiera sentado bien la mera sospecha de tratarse de ello, con lo receloso y aprensivo que se ponía á medida que las tinieblas iban invadiéndole la alcoba. Se acordó que velara Facia, que no se acostara Chisco y que durmiera yo como las liebres; y con ello se marcharon Lita y su madre con Neluco, despidiéndose ellas «hasta mañana» y él «hasta luégo;» se fueron quedando á obscuras aquellos destartalados y fríos ámbitos de la casona; creció con las tinieblas el silencio, y pasó un buen rato, mientras la mujer gris aderezaba el velón, sin que yo viera otra cosa en derredor mío que las mortecinas ascuas agonizando entre las cenizas del brasero, ni oyera otros rumores que los de la trabajosa labor del respirar de mi tío en el fondo de la alcoba, y los del acompasado y monótono fluir de las canales sobre el encharcado goterial.

Cuando hubo luz en la alcoba, me acerqué á

la cama del enfermo y le hablé para desentristecerle un poco y animarle. Trabajo perdido. Me agradecía mucho la intención; pero él solo sabía todo lo mal que se encontraba y lo imposible que era salir de aquel atolladero sin un milagro de Dios. Me suponía agobiado por la carga de mi sujeción á su asistencia, y se empeñaba en tranquilizarme con la promesa de que no sería largo mi cautiverio; me pedía perdón por los malos ratos que me daba entre tanto, y me conjuraba nuevamente á que cuando recobrara mi libertad, no echara en olvido lo que tan rogado me tenía; porque lo de menos era él en aquel pueblo, si había quien ocupara en la casona el puesto que quedara vacío con su muerte. Me parecería ya pesado el tema; pero eso mismo me demostraría la importancia que él le daba... Todo esto, dicho entre quejidos y pausas anhelantes, con voz apagada y sepulcral, á la luz extenuada del velón colocado sobre la cómoda, que sólo servía para extremar la palidez cadavérica del enfermo, entre olores de éter y romero, mientras seguían fluyendo las canales y rezongando el vendaval afuera, resultaba bien triste ciertamente. Por obra de la casualidad se producen á menudo contrastes muy curiosos que parecen chanzas muy pesadas del destino. Sobre la cómoda y debajo del mechero encendido del velón, había

un rimero de cartas y periódicos que había puesto yo allí la noche antes para ir entreteniendo con su lectura mis largas horas de vela después que, pasado el ataque de asma, pudo conciliar el sueño mi tío. Pues la mayor parte de aquellas cartas y de aquellos papeles impresos, estaban atestados de noticias, reseñas y juicios de bailes en proyecto, recepciones suntuosas y comedias nuevas en los salones y teatros de Madrid, como si todo se hubiera escrito para que yo me enterara de ello en tan oportuna ocasión.

La recaída de mi tío; el descenso de la temperatura, con el subsiguiente despejo de sendas y caminos, y la salsilla de «lo de ayer,» llevaron á la cocinona aquella noche un gran golpe de tertulianos. Asistió hasta el Tarumbo, que rara vez iba por allí, harto más intranquilo y desazonado con la enfermedad de don Celso y la burrada de Pepazos, que por habérsele ensanchado en más de otro tanto, con el peso y la destilación de la nieve, el boquerón que ya tenía su casa en el jastial del Poniente. También concurrió Pito Salces, que se quedó como sin pulsos cuando Tona, con la faz inundada de sonrisas y los ojos de dulzuras, le ponderó la hazaña de la víspera y le declaró sin remilgos que «de ese *aquel* y de esos prontos le gustaban á ella los hombres.» ¡Puches, cómo se

puso en seguida el mozallón con la alabanza! Si no le contengo con una reflexión imperiosa y una sacudida recia de su lástico, hace otra barbaridad allí menos laudable que la del monte. Jamás había pensado él (me lo juró así, entrelazando los dedos de sus manos, por aquéllas que eran cruces) que una cosa «tan jacedera y currienti» pudiera valer tantos caudales. ¡Con lo dura de pelar que Tona había sido hasta entonces! ¡Puches, qué suerte la suya! Pensando que se la envidiaría Chisco, acordéme del descubrimiento hecho por mí en casa del Topero y en el corazón de Tanasia, y fuíle con el cuento al mozón de Robacío, en un aparte que tuve con él. Respondióme que me había tomado yo un trabajo bien ocioso, aunque me le agradecía mucho.

—Las cosas—concluyó en el tono sentencioso que tan propio le era,—pa rodar bien, han de rodar por sí mesmas jancia unu.

Aquel hombre era la parsimonia y la imperturbabilidad en carne y hueso, y las mismas pulsaciones tenía delante del oso en su caverna, que al calorcillo de la novia.

Por encargo de mi tío andaba yo muy á menudo en la cocina, más que por hacer los honores á la tertulia, para evitar que los tertulianos le invadieran á él la alcoba. Los quería mucho; pero no hubiera podido soportarlos en

la angustiosa situación de cuerpo y de espíritu en que se hallaba. Por eso, aun sin la prohibición terminante del médico, no había querido recibir á ninguno de ellos durante el día. Cuando se tratara de despedirse de todos, ya sería diferente.

Á última hora llegaron don Sabas y Neluco: el primero resuelto á quedarse allí, sin que lo notara el enfermo, favor que le habría pedido yo si no se hubiera anticipado él á ofrecérmele; el segundo á informarse del estado de las cosas antes de retirarse á descansar. Como las tales cosas no ofrecían aspecto nuevo ni muy alarmante, se despidió de mi tío y de los que con él nos quedábamos en la casona, y se fué con los últimos tertulianos, uno de los cuales era Pito, que tropezaba con gentes, bancos, puertas y tabiques, de puro aceleradote y desatinado que le habían puesto las alabanzas y los arrumacos de Tona.

Pasó la noche mejor de lo que todos esperábamos, y amaneció el día siguiente sin una nube en el cielo ni una ráfaga de aire en la tierra; y cuando el sol traspuso los picachos del Este y saludó al valle con sus rayos que chisporroteaban sobre la nieve que no había deshecho la lluvia, mi pobre tío mandó que se abrieran de par en par los cuarterones de su alcoba, ya que no le era permitido hacer otro tanto con las puertas y ventanas para que entraran la luz y el aire en la abundancia que necesitaba él para salir á flote en aquella mar de angustias «que le ajogaba,» por culpa del arrastrado mediquillo que parecía empeñado en matarle. Y lo cierto era que si en el cuerpo no se notaban cosa mayor los milagros de la panacea que con tanto afán solicitaba el enfermo, los hacía en su espíritu muy considerables. Era «otro hombre» desde que el sol se había colado en su alcoba como por las rejas de una cárcel, y veía flotar, danzando dentro de la faja luminosa que atravesaba la habitación por delante de su lecho desde el cuarterón de la ventana, las pelusillas y el polvo vagabundos. No apuntaba siquiera el propósito de levantarse, porque no se lo permitía la extenuación de sus fuerzas; pero creía en la posibilidad de volver á tomar el sol antes de morirse, aunque fuera sacándole en un cesto á la solana si le duraba al tiempo aquel buen semblante unos cuantos días.

Y le duró más de siete, y se templó en tales términos y se arregló la envejecida y desconcertada máquina de mi tío de tal manera, que, no en un cesto, sino bien sentado en el sillón de vaqueta de su dormitorio, y bien forrado y envuelto en mantas y capotes, consiguió darse más de cuatro «panzadas de sol» al aire libre en el abrigado rincón de la solana, adonde le

sacaba yo poco menos que en vilo, por la puerta de su alcoba, entre las tempestades de votos y reniegos con que protestaba contra «la perra acabación» que en tan miserables extremos le ponía.

Tuvo muchas visitas en ese tiempo, y la familia de don Pedro Nolasco se las hacía por mañana y tarde. En las en que se hallaba el vejancón de la Castañalera, cada vez menos socorrido de palabra y de asuntos de conversación, solía interrumpir los largos paréntesis de silencio con descargas como ésta y dos cachiporrazos en el suelo:

—¡Vaya, vaya con el bueno de Celso que se nos quiere morir sin más ni más! No, no; pues como valga la mía, no te sales tú con la tuya. Eso te lo juro yo.

Lituca, si se hallaba presente, salía al quite de la impertinencia con una broma algo forzada en que me aludía á mí con los piadosos fines de que rematara yo la suerte para tranquilidad de mi tío. Y éstos y otros parecidos lances eran el único lado agradable que tenía para mí aquel cuadro de continuas é interminables tristezas, sobre las cuales iba descollando de día en día y á medida que la temperatura se templaba y surgían riscos y laderas por los anchos desgarrones abiertos en el espeso tapiz de nieve por los rayos del sol, la figura, de suyo melancólica, de

la mujer gris, particularmente hacia la caída de la tarde, y, sobre todo, al descolgar el calderón y empuñar los dos cántaros de barro para ir á la fuente entre día y noche, según costumbre inmemorial en ella. Como se había hecho tan visible para mí esta agravación de los espantos de la pobre mujer, la observaba con cuidado desde lejos, y por eso pude notar que eran de prueba terrible para la infeliz aquellos momentos: parecía un reo de muerte que caminaba hacia el patíbulo cada vez que se alejaba del cantaral con el calderón sobre la cabeza y una *escala* en cada mano.

De uno de aquellos viajes volvió que daba compasión y susto mirarla, y más tarde que lo de costumbre. Se la conocía en los ojos que había llorado mucho, y anduvo toda la noche por la casa de acá para allá sin saber hacer cosa con arte. Á ratos se quedaba como alelada, y á ratos se sentía acometida de una inquietud que no la dejaba parar en ninguna parte. La ví, sin que ella lo notara, más de dos veces, en la penumbra del carrejo, llevarse con desesperación ambas manos á la cabeza, y la oí invocar al mismo tiempo, en voz enronquecida y mal dominada, al «devino Dios de las misericordias grandes,» y á «la Virgen Santísima de las Nieves, la su Madre clemente y amorosa.» Deseaba morir de pronta muerte, si en el deseo no

pecaba, antes que ser testigo «*de eyu* y manchar la vista de los sus ojos en una vergüenza tal.» Temí por su razón; y movido de un sentimiento de lástima, me hice el encontradizo con ella. No se sobrecogió al verme, como solía en tales casos; al contrario: parecía calmarse un poco y reanimarse con mi presencia, y hasta noté en ella como deseos de decirme algo. Tomándolo por motivo, la hablé, primero para tranquilizarla, después para indagar, para descubrir la casta siquiera de aquellos misterios que en trance tan angustioso la ponían.

—¡Ahora no! ¡ahora no!—me dijo después de vacilar un poco;—cuando no pueda más... cuando la carga me rinda de too, ¡estonces! ¡estonces!... y á usté solo... Y, por caridá de Dios, don Marcelo: que, hoy por hoy, no sepa ná de estos espantos que me acaban, el señor su tío... ¡ni naide, si ser pudiera!...

Apartóse de mí con esto y huyó á encerrarse en su cuarto, mientras volvía yo al de mi tío seriamente preocupado y sin saber qué pensar de aquellas cosas tan raras.

Nada ocurrió, por fortuna, que hiciera necesaria la presencia de la infeliz mujer en ninguna parte de la casa aquella noche. La cual debió de ser bien terrible para ella; porque apenas me hube levantado yo de la cama al día siguiente, y eso que madrugué tanto como el sol, apareció como un fantasma en mi cuarto, después de haberme pedido permiso para ello entreabriendo la puerta con mucho cuidado. Tenía los ojos hundidos y circundados de una aureola cenicienta; parecía que le habían chupado las brujas los pocos jugos de la cara, sobre la que caían, por debajo del pañuelo atado á la cabeza, encrespados mechones de cabellos grises; le temblaban los resecos labios, y salía de su garganta la voz enronquecida y como rechinando. Dejóse caer de rodillas delante de mí, y pidió por todos los santos del cielo que la oyera como en confesión.

—Porque—me dijo por último, entre sollozos mal comprimidos y espasmos de todo el cuerpo,—ya no puedo más con la carga, y llegó la hora de quitármela de encima ó de morir debaju de eya.

Hice, ante todo, que se incorporase y que se sentara en una silla, cerré por dentro la puerta del gabinete, sentéme yo en seguida junto á la infeliz mujer, y me dispuse á oirla, conforme ella lo deseaba, después de dirigirla palabras de conmiseración y de aliento.